

## **HESPÉRIDA, DE JUSTO JORGE PADRÓN, LA GRAN EPOPEYA SOBRE CANARIAS**

MAXIMIANO TRAPERO

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria  
mtrapero@dfc.ulpgc.es

Conozco el libro que ahora me propongo comentar<sup>1</sup> desde antes de ser libro, cuando todavía era un borrador y tenía el título provisional de *Canto Universal de las Islas Canarias*. Me lo ofrecía su autor para que lo leyera con detenimiento y le hiciera cuantas observaciones quisiera, sobre todo en aquellas cuestiones tocantes a la lengua de los aborígenes que con tanta profusión aparecía en los parlamentos de los personajes y en los relatos de sus acciones tanto bélicas como de paz: nombres propios de personas, nombres propios de lugares, nombres comunes de plantas, piedras y utensilios, etc. Que le hiciera, en fin, una lectura crítica, profunda. Así que conozco también algo de las fases y revisiones a las que el poeta sometió a su obra.

Agradecí mucho entonces a Justo Jorge que me hiciera confidente de su trabajo poético cuando estaba aún en una fase provisional, ya que los poetas, como cualquier artista, son muy celosos de su obra en preparación y procuran mantenerla en el silencio de la intimidad hasta tanto salga a la luz pública. Y es lógico que así sea. Una obra poética no es propiamente «obra» hasta que no sale a la calle impresa y encuadernada, dejando entonces de ser ya del autor y empezando a serlo de los lectores. Hasta entonces es sólo proyecto, obra «imperfecta», en el sentido estricto y etimológico de 'no acabada', y a nadie gusta enseñar lo que está todavía quizás con imperfecciones.

Supongo que Justo Jorge me eligió a mí para tal cometido en primer lugar por la amistad que nos profesamos, y en segundo lugar por mi condición de filólogo en algo inclinado al estudio de las antigüedades canarias en los temas de la lengua y de otros aspectos de la cultura de los aborígenes, no, desde luego, en los aspectos históricos, en los que soy tan lego como cualquier otro aficionado. Y el libro que Justo Jorge Padrón estaba escribiendo tenía mucho que ver con la historia de Canarias. Era en realidad una «historia de Canarias» hecha en verso, no, por supuesto, desde la perspectiva de un historiador, sino desde la de un poeta. Y no menos derecho tiene en posar los ojos sobre un asunto del pasado quien ve el mundo con la libertad y la fantasía de un poeta, fijándose en «documentos» no escritos pero que pudieron ocurrir, que el «objetivo» historiador que basa toda su argumentación en los solos hechos que pueden atestiguar. No niego, por supuesto, esta visión segunda de la historia, faltaría más, que es la que estamos acostumbrados a considerar «verdadera», pero digo que no tiene por qué ser «la única». No sólo ocurrieron las cosas que la historia dice que ocurrieron. La historia siempre calla mucho. Hay y ha habido siempre más vida y más acontecimientos en la realidad que los que se recogen en los libros de historia. Y además, en esto de las «historias literarias» tenemos antecedentes que nos avalan suficientemente. ¿Cuál fue la verdadera historia de Troya? ¿La que yace muerta y enterrada bajo siete estratos de ruinas en un lugar de la costa de la actual Turquía, llamado entonces *Ilión* o *Ilios* y hoy *Hisarlık*, o la que sigue viva y centelleante en un libro escrito por un poeta que ni siquiera sabemos si existió al que conocemos por el nombre de Homero?

Aquella lectura crítica que hice del libro de Justo Jorge Padrón me enseñó a mí mucho de

---

<sup>1</sup> Justo Jorge Padrón: *Hespérida: Canto Universal de las Islas Canarias*. Madrid: Visor Libros, Colección Visor de Poesía, 2005.

literatura y de poética. No es frecuente ni menos común que un crítico (en mi caso solo un estudioso del fenómeno literario) tenga oportunidad de asistir al acto mismo de la creación poética. De asistir y de opinar sobre ello. Porque frente a la libérrima voluntad del poeta, que «crea», se pone la visión del «científico», que se guía por normas. Y creación y normativa ni siempre van juntas ni suelen llevarse bien. Y advertí lo comprometido que resulta hacer literatura sobre la historia. Porque las armas de que debe proveerse el poeta no pueden confiarse sólo a su capacidad de creador. Sé que para escribir este libro --y a las pruebas me remito--, Justo Jorge se ha armado muy convenientemente, ha leído --ha estudiado-- a Viera, ha repasado las *Crónicas* de la Conquista y las *Historias* de Abreu, Torriani y Espinosa, se ha servido de las leyendas y de la mitología, y ha buceado también en la tradición oral. Lo cual no quita para que el poeta siga creyendo «literariamente» más en lo que la mitología decía que lo que las ciencias positivas (la historiografía, la arqueología, la lingüística, etc.) han demostrado, como por ejemplo que las Islas sean los restos de aquel continente sumergido llamado *Atlántida* o que el nombre de las Canarias proceda del pájaro que con su canto crea «maravillas de armonías», como creyó también, entre tantos, el gran Gonzalo de Correas en el siglo XVII. Dice Justo Jorge del pájaro canario:

En el trino nació el amarillo nombre  
de la isla del pájaro canario.  
Su vuelo inauguró las galas del planeta,  
la mañana del cielo, la claridad terrestre  
frente al sol que elevó su amanecida.

Por supuesto que Justo Jorge es un poeta y ha querido hacer poesía, y no historia. Por supuesto que *Hespérida* es un libro de poesía, pero con referencias históricas, y ese segundo aspecto obliga al poeta a mucho. Le obliga a contar lo que la historia dice que ocurrió, cierto que con la libertad suficiente como para seleccionar, acortar o agrandar, según su visión poética; le obliga a nombrar a personajes, acciones y lugares tal cual en la realidad fueron, aunque cierto también que seleccionados a la voluntad de poeta, y restringida ésta al sólo objetivo de que su relato resulte literariamente «eficaz». Por ejemplo, el canto XIV que el poeta dedica a Guardafía, el último caudillo de los *majos* (habitantes prehispanicos de Lanzarote), me parece a mí que está tratado con una magnitud y una extensión muy mayor a la importancia real que tuvo, en términos comparativos a la historia general de Canarias, mientras que el canto XXVIII dedicado a los *perros tibicenas* es demasiado breve y queda apenas sin referencia; quien no sepa mucho de la historia antigua de Canarias no sabrá muy bien por el poema qué perros eran esos y qué papel desempeñaron en la sociedad guanche, aunque claro está que literariamente el poeta los haya justificado como un nuevo elemento misterioso de la cultura aborigen:

Surgieron de repente como abismos  
perversos del volcán, casi candentes,  
desbordados de sangre, de fuego y de locura.

Y me di cuenta entonces de que Justo Jorge Padrón había elegido para su empresa de cantar a las Islas Canarias el más complejo y difícil de los géneros literarios, el de la épica. Porque al handicap de tener que poetizar sobre hechos ocurridos en la historia (lo que en la improvisación poética se dice «cantar por argumento» y no «por fantasía»), se sumaba aquí la obligación de subir el tono poético a la altura que requiere la epopeya. Un género totalizante, en donde han de estar presentes y conjugados en las medidas justas del arte, los subgéneros de la narrativa, de la lírica y de la dramática. De la narrativa, para contar los hechos con la claridad que el entendimiento requiere; de la lírica, para dotar de emoción las descripciones de acontecimientos remotos ya carentes de vida; y de la dramática, para hacer presentes

a los personajes intervinientes, para ofrecerles voz y opinión, contraste y argumento. Conjugados --digo-- esos tres estilos poéticos en la medida del arte. Porque pasarse en uno o quedarse corto en otro de esos aspectos puede arruinar el proyecto, sin remisión. No está de más recordar aquí que un juicio crítico sobre el *Poema* de Viana, creo que de Menéndez Pelayo, del cual dijo que era «demasiado prolijo y prosaico para ser poesía y demasiado fantasioso para ser historia», ha dejado marcado al poema para siempre.

Poetizar sobre un crepúsculo que enciende el horizonte puede resultar un tema de lo más apropiado para la lírica, como cantar a la rosa, pero «cantar» a la guerra o hacer poesía de las costumbres cotidianas de un pueblo de cultura rupestre no parece empresa al alcance de un poeta al uso. Meter en verso nombres como *Dácil* o *Guasimara* hasta pueden elevar el verso, por la dulzura de su fonética, pero ¿cómo poetizar con nombres como *Grallbegueya*, *Artiacar*, *Guanbaven*, *Tuguaico* o *Garagonache* que apenas si se pueden pronunciar? Contar la hermosa leyenda de *Gara* y *Jonay* hasta en prosa podría hacerse poéticamente, pero ¿cómo encontrar el tono y la capacidad verbal apropiados para hacer un relato poético del desembarco en las costas de una isla llamada Lanzarote de una armada venida al mando de un tal Jean de Bethencourt? ¿A qué musas o protectoras de la inspiración debió invocar el poeta para que sobre un personaje tan secundario para la historia como lo fue Guadarfía, el relato poético que sobre él versa alcance en *Hespérida* 600 versos de una altura épica extraordinaria, de una emoción lírica intensa, de un dramatismo conmovedor?

Pues de todo ello ha sacado Justo Jorge Padrón el cuadro inmenso y formidable de una epopeya. No cualquier tema puede ser cantado así, pero Canarias, más que ninguna otra región de España, y como pocas del mundo, tiene materia de epopeya. Empieza por tener una geografía única, desafiante, que está aún sin terminarse de hacer, surgida del volcán y cincelada por el fuego; y encima la puso Dios al extremo del mundo, allá donde fueron a ubicarse todos los mitos de la antigüedad. Fue poblada después por unos hombres sobre los que se desconoce casi todo, de dónde venían, cómo llegaron, cuándo y cómo fue su arribada, qué extraña lengua hablaban que ni aún hoy ha podido ser mínimamente identificada. No es extraño, pues, que al mito de la geografía de las Islas se sumaran las leyendas que sobre aquellas gentes se forjaron. Vivieron ellos durante siglos en la ignorancia del desconocimiento, olvidados del resto del mundo, de forma que cuando los marineros mediterráneos del Renacimiento los descubrieron, divulgaron la noticia en Europa cargándola de fantasía. Y se añadió entonces más mito aún. Porque se quiso justificar entonces desde la razón e identificar con las Islas Canarias lo que las leyendas antiguas decían de unos territorios indeterminados. Y vino después la lucha firme de los naturales por la defensa de su territorio frente a los conquistadores, y surgieron entonces nuevas leyendas de valentía, de heroísmo, de nobleza, por parte de los aborígenes. Los gritos de *Atis Tirma* o los lamentos de *Vacaguaré* resuenan todavía en los oídos de todos los canarios, a más de cinco siglos de haberse pronunciado, como signos de identidad patria; aquellas palabras fueron pronunciadas por los vencidos, pero han sido asumidas como símbolos de canariedad.

Todo ello constituye una materia épica de primera categoría, quién lo duda. No es la primera vez que se ha contado, y de ello pueden dar fe los formidables relatos de los primeros cronistas e historiadores de Canarias, sobre todo por parte de Alonso de Espinosa y de Abreu Galindo, y no se olvide que entonces la historia era también un género literario. Ni siquiera es la primera vez que se ha contado y cantado en verso, y ahí está el *Poema* de Antonio de Viana. Inexplicablemente, el romancero, que es forma poética nacida de la épica medieval, y que, a falta de una épica culta española, él mismo se constituyó en una especie de *Iliada* sin Homero, como tantas veces se ha dicho, el romancero canario --digo-- ha ignorado la temática guanche y las hazañas de la conquista. Y viene ahora Justo Jorge Padrón a levantar una nueva epopeya literaria de Canarias, y en un género ya del todo olvidado en la práctica literaria de la modernidad. Bien es verdad que no sólo de la época guanche, sino de todas las épocas en

que las Islas Canarias han estado en la historia, de ahí el subtítulo de *Canto Universal de las Islas Canarias*.

Cantar así a las Islas Canarias necesitaba de un gran poeta, de un poeta fuera de serie. De todas las conquistas de que la obra poética de Justo Jorge Padrón ha ido dado cuenta a lo largo de su ya larga vida creativa, ésta significaba elevar el reto a un grado muy superior, a un nivel supremo. Necesitaba del aliento del héroe, pues las dimensiones de la empresa a la que se enfrentaba eran verdaderamente épicas. En mis conversaciones con el poeta hablamos mucho de esto. Y él me dijo, o yo interpreté, o es simple pensamiento mío, que el poeta Justo Jorge Padrón había nacido para esta empresa; que los pasos dados hasta ahora en su quehacer poético no fueron sino escalones sucesivos necesarios para subir a la altura que *Hespérida* requería. Una empresa de tal envergadura que, aunque sólo sea juzgada en su propósito, deja pequeña cualquier comparación que se haga con otras empresas poéticas de la modernidad canaria. Y que, teniendo ya ahora el fruto esplendoroso de la primera cosecha, no dudo en juzgarlo como uno de los principales libros de poesía escritos en Canarias, si no el principal.

Me parece lo suficientemente explícita a este respecto la dedicatoria que el propio autor pone en la cabecera de su libro:

«Nací para escribir esta epopeya y ofrecer en sus páginas testimonio de amor a las Islas Canarias y a todo su pueblo a través de la historia: a los que ayer la forjaron, a los que hoy viven y sueñan en ellas y a los que impulsan el porvenir con el fulgor de su nombre».

Sobre el título final que el libro lleva de *Hespérida*, ninguno puede ser mejor. Título breve, heroico, culto, esdrújulo, incluso original, acomodado en este caso al tipo de poesía que en él se contiene. *Hespérida* proviene de aquel mito griego que identificaba el *Jardín de las Hespérides* con el paraíso terrenal, un lugar que estaba en los límites del mundo conocido, en el extremo del occidente, en el que existía un árbol que daba manzanas de oro y sus habitantes alcanzaban la felicidad. Así lo describe Justo Jorge Padrón en el canto VI:

Se extendían sus campos con silvestre espesura,  
y en las flores nupciales halló la primavera  
fertilidad de frondas, majestad de montañas,  
el enhiesto horizonte de un fulgente universo.  
Cantaba cada piedra su milagro de ser  
bajo la claridad más jubilosa.

Durante mucho tiempo se creyó que aquel *Jardín de las Hespérides* se ubicaba en las Islas Canarias, por ser la última tierra conocida al occidente y por tener aquel aire limpio y apacible, aquel clima deleitoso en que ni frío ni calor se sentían, aquella frondosidad de sus tierras regadas por innumerables fuentes de aguas cristalinas, aquella abundancia de toda clase de aves que ensoñaban el ambiente con su canto, aquella abundancia de toda clase de frutas, como de manzanas, de palmares que daban dátiles, de miel y de otros frutos de todo género, aquella -en fin- fertilidad de sus suelos que hizo juzgar a los gentiles que éstas fueron el *paraíso* de los deleites.

Porque del mito y de la historia de las Islas Canarias trata el poemario de Justo Jorge Padrón. «Como mirto y laurel entremezclados, van sobre el archipiélago canario la historia y la leyenda. Querer separar una de otra es quebrarlas sin flor...», así empieza Dulce María Loynaz su delicioso libro *Un verano en Tenerife*, tomando la cita de la *Historia* de Viera y Clavijo. El tiempo de la mitología parece que se ha acabado ya, pero sin embargo el nombre de las *Hespérides* sigue vivo en Canarias y sirve incluso de mucho reclamo cuando agencias de viaje, hoteles, floristerías, complejos turísticos, asociaciones y clubes de todo tipo se lo apropian como nombre identitario o comercial.

Ningún título se acomodaría mejor al tipo de poesía que en él escribe Justo Jorge Padrón. *Hespérida* es título que se sitúa en la mejor tradición de la poesía heroica, epopéyica, de Occidente. *Hespérida* es el canto de las Islas Hespérides, como la *Iliada* es el canto a la ciudad de Ilión, como la *Eneida* canta al héroe Eneas, la *Araucana* a los aborígenes de Arauco, la *Austriada* al vencedor de Lepanto, la *Cristiada* a Cristo, *Os Lusíadas* a las fantásticas aventuras marineras de los portugueses, la *Atlántida* a los habitantes de aquel continente mítico sumergido, y otros muchos por el estilo. Hasta se copió esa fórmula para dar título a otros poemas imitatorios de tipo heroico y de tema burlesco, como la *Gatomaquia* de Lope de Vega o la *Mosquea* de José de Villaviciosa; y desde otro punto de vista la *Esdrujúlea* de nuestro Cairasco de Figueroa.

El autor del magnífico prólogo que lleva el libro, Ricardo González Vigil, pone en relación este *Canto Universal de las Islas Canarias* de Justo Jorge con el *Canto General* de Neruda, cosa que resulta evidente y que ha sido querida por el autor, recordando que el de Neruda llevaba en un principio el título de *Canto General de Chile*. Y lo compara también con otros grandes poemas de la historia literaria europea y universal modernas, como *La leyenda de los siglos* de Víctor Hugo, *El paraíso perdido* de Milton, los *Cantares* de Ezra Pound y el *Omeros* de Derek Walcott. Todos ellos me parecen pertinentes. Pero con quien faltó al prologuista relacionarlo es con el *Poema* de Viana, sin duda el más ilustre antecedente del poema de Justo Jorge, y con el que inevitablemente, se quiera o no, se le comparará siempre. De entrada declaro que el *Hespérida* padroniano me parece mejor poemario que el *Poema* vianesco; por dos razones: primero, porque Justo Jorge es más poeta que Antonio de Viana, y segundo, porque el *Poema* de Viana tiene más de historia que de poesía, muy al revés que el *Hespérida* de Justo Jorge. Entiéndaseme bien, digo que me parece mejor libro de poesía: Viana se propuso «reescribir» en verso la historia de Canarias; Justo Jorge ha querido «poetizar» sobre la historia de Canarias, seleccionando a su particular gusto los episodios que creyó más simbólicos; insisto, sólo los episodios que el poeta cree ofrecen una mayor carga simbólica para el nombre y para la gloria de Canarias.

Pero Viana no es cualquier cosa en la literatura canaria. Antonio de Viana es un autor desconocido casi por completo en las historias de la literatura española, muy injustamente, por supuesto, pues sus *Antigüedades de las Islas Afortunadas de la Gran Canaria, Conquista de Tenerife y apareamiento de la imagen de Candelaria*, escrito a comienzos del siglo XVII, es mucho mejor poemario que la gran mayoría de los que forman el ciclo de la épica culta española de finales del Renacimiento y, a mi parecer, comparable en aliento poético y en nivel literario a *La Araucana* de Ercilla, considerado el mejor poema épico de la literatura española, a quien el poeta canario tomó como modelo. Pero en la historia de la literatura canaria Viana es un autor principalísimo, y posiblemente el que mayor influencia haya tenido hasta la actualidad, más aún que Cairasco, como ha demostrado su principal estudiosa María Rosa Alonso. Baste decir que la visión romántica que se tiene sobre los aborígenes canarios es una visión vianesca. Y que el conocimiento que hoy pueda tener un lector de la literatura española de la existencia y características de aquel pueblo se debe a una obra de teatro, *Los guanches de Tenerife* de Lope de Vega, que se inspiró en el *Poema* de Viana. Ciertamente que esa visión vianesca de los aborígenes fue alimentada y engrandecida por los poetas canarios del Romanticismo y por los de la «Escuela Regional» canaria de fines del XIX, pero esa es justamente la visión que ha pasado de la literatura al ideario del pueblo canario, y esa es la visión que sobre las antigüedades canarias tiene hoy el canario medio.

Pues en cierta medida, el *Hespérida* de Justo Jorge Padrón es también heredero del *Poema* de Viana, como no podría ser de otra manera, aunque claro está que tiene distinto planteamiento y le supera con mucho en la materia poetizada. El *Poema* de Viana se limitaba a lo que en su título se dice: a las *antigüedades* de las islas (2 cantos), a la *conquista de Tenerife* (13 cantos) y a la *Virgen de Candelaria* (un canto, el último del *Poema*). Por su parte, el libro de Justo Jorge Padrón constituye la primera parte de las dos de que constará el *Canto Universal de las Islas Canarias* y que abarcará la historia entera del archipiélago, desde

la época mítica hasta el tiempo presente.

No sabemos cómo denominará el autor a esa segunda parte que falta ni cómo la engarzaré con esta primera parte; sólo que Justo Jorge la tiene ya perfectamente diseñada y que se erigirá como «canto, historia y gesta del pueblo canario, en tanto que síntesis de dos razas y culturas a través de los siglos, después de su entrada como pueblo de España». De momento, esta primera parte abarca la época mítica, la época guanche y la conquista castellana. Y se estructura en 50 cantos (algunos con varios episodios: Guadarfía, Doramas, Tenesor Semidán, etc.), agrupados en 4 libros, de la manera siguiente:

- I. El alba de los mitos: 14 cantos
- II. Aborígenes y conquista de islas de Señorío: 11 cantos
- III. Aborígenes y conquista de Gran Canaria: 10 cantos
- IV. Aborígenes y conquista de La Palma y de Tenerife: 15 cantos

En la estructurada planificación de la epopeya, en la simetría de sus partes, en la visión global de la historia de Canarias y en la trascendencia de los símbolos poetizados se ve claramente cómo este *Hespérida* de Justo Jorge Padrón es una obra mucho más meditada y mejor concebida que las *Antigüedades* de Viana.

Median exactamente cuatro siglos entre aquella obra de Viana y ésta de Justo Jorge. Viana era cuando escribió su *Poema* un mozo de veintitantos años, médico de profesión y poeta sólo ocasional, aunque lleno de brío y de osadía, eso sí. Justo Jorge ha acometido la creación de su obra en la plena madurez de su talento poético, cierto que cuando ya el género epopeya está del todo fuera de los hábitos actuales de la poesía, pero que puede de nuevo volver a brillar cuando las fuerzas y el arte que se requieren para ello están en las manos de un creador de su talla.

La métrica de *Hespérida* está igualmente a la altura de las dimensiones de esta gran epopeya poética. Como poeta de su tiempo, Justo Jorge usa aquí el verso libre, ausente de rima, pero no de medida y menos de ritmo. Los versos son todos de arte mayor, el utilizado siempre para los grandes poemas épicos, y en este caso concreto con predominio absoluto del endecasílabo y en menor medida del alejandrino, que se entremezclan con sabia maestría. Versos heóricos, sonoros, cargados de polifonía semántica; de ritmo arrebatado, vertiginoso en los relatos bélicos o reposado en las escenas bucólicas; de metáforas brillantes, originales, cósmicas.

La poesía toda de Justo Jorge Padrón nunca ha sido lo que podría decirse «local», ni siquiera nacional, sino que ha tendido siempre hacia lo universal. Incluso en este caso de *Hespérida*, que parecería lo más apropiado para una historia de solo alcance regional, Justo Jorge logra crear un gigantesco mosaico de las pasiones humanas más universales. Hay amor y sensualidad y hay también odios y desdenes; hay traición y fantasía; se cantan los valores de la libertad y el orgullo de raza; hay un sentido cósmico de la vida y hay un amor a la patria hasta el extremo de la inmólación. Los personajes que laten en las páginas de *Hespérida* pueden ser también considerados verdaderos arquetipos humanos: desde el conquistador altivo, soberbio y lleno de crueldad que fue Pedro de Vera hasta el hombre valiente, leal y noble que tiene tan grande amor a su tierra que prefiere lanzándose al vacío desde lo alto de un risco antes de perder su libertad que fue Bentejuí; y en medio, el hombre conciliador y prudente que fue Tenesor Semidán, que al comprobar la inutilidad de la resistencia prefirió un acuerdo de paz. Hay también en *Hespérida* verdaderos símbolos universales, como el de la abundancia, representado por aquel árbol *garóe* que abastecía de agua a toda la población herreña, o el de la libertad, representado por aquel pájaro en cuyo «cuerpo sedoso brilla el oro»:

Su trino se ilumina, se transforma en crepúsculo,  
en fuego liberado por su espiral sonora,

para que el hombre viva la luz de los sentidos  
y en su isla de sol la dicha se levante  
con el lujo indomable de su canto.

Finalmente, me parece a mí que Justo Jorge Padrón ha hecho un acto de verdadero patriotismo al escribir este libro. Este *Canto Universal de las Islas Canarias* llegará a confines a donde el nombre de unas islas que están en medio del Atlántico apenas si había sonado, y con él se reafirmará la geografía y la historia ciertas de su existencia, y crecerá aún más la mitología en que siempre han estado envueltas. Por otra parte, el reconocimiento que como poeta tiene Justo Jorge Padrón en tantos países europeos e hispanoamericanos ayudará a que el libro *Hespérida* llegue a lectores de todo el mundo y hará verdaderamente universal el nombre de Canarias. *Hespérida* no es sino una parte de Canarias, de su grande historia, de su cultura, de su literatura; de la misma manera que no es sino una parte de la gran obra poética de Justo Jorge Padrón. Pero ajuntados ahora Canarias y Justo Jorge Padrón harán de *Hespérida* un hito de la literatura de la modernidad, un libro de vigencia perenne.